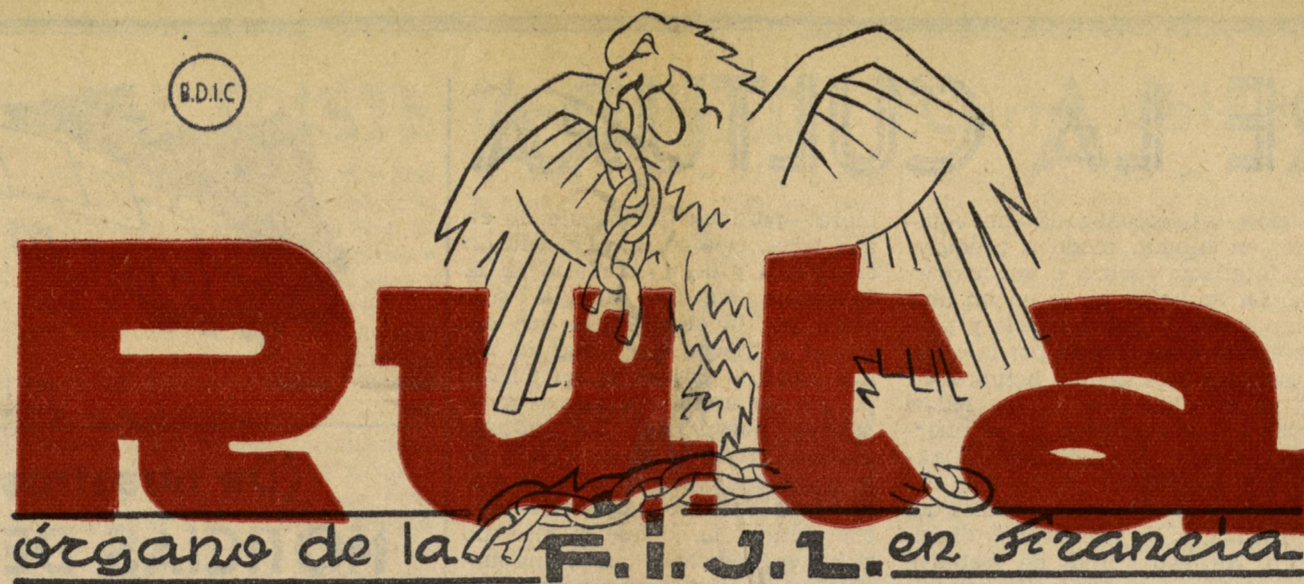


B.D.C.



Sé tú mismo, siempre superándote. Cuenta todas tus horas y todos tus días. El tiempo-tú tiempo-es breve. Tienes que aprovecharlo. No te resignes a pasar por la vida como una sombra. Esfuérzate en crear una obra. Sé tú mismo esa obra. No dejes las cosas como las hallastes. Supéralas. Contribuye con tú óbolo a la riqueza común: al arte, al progreso, a la revolución. No hay dios, tú eres el creador. Todos somos creadores haciendo imposibles las guerras, las clases y los Estados; abatiendo fronteras; estudiando y trabajando; creando corrientes universales de fraternidad.

SALIVAZO Un profesor de castellano

Editorial

a las NUBES

«Cree el ladrón...» El antiguo refrán es aplicable a la ofensiva más inconcebible desencadenada por la macabra publicidad francotiranesca con motivo del descarnamiento del expres Maoria-Barcelona.

Por la cronica de uno de nuestros corresponsales, que publicamos en segunda página, nuestros lectores podrán darse cuenta de las causas que con toda seguridad provocaron la tragica catastrofe ferroviaria, no mas trágica ni mas catastrófica que la provocada en Cádiz el año pasado por la explosión de un arsenal del Estado que voló en fragmentos a todo un sector de la población gaditana, compuesta de humildes viviendas de trabajadores.

En la catástrofe de Cádiz no hubo lugar para la especulación. Intentado apenas, hubo que abandonarse a la empresa por temor al ridículo y por algo más grave, por temor a poner en evidencia al mismo Estado franquista, único responsable de una tal acumulación de material explosivo bajo los cimientos de una populosa ciudad. Otro de los motivos de la marcha atrás especulativa a costa de los rojos, fué la respetable distancia que separa a Cádiz de la frontera francesa, y también—¿para qué decirlo?—porque la conflagración habia revelado un ajeño dispositivo de ataque—por franquistas e hitlerianos—contra el Peñón de Gibraltar. Valió entonces más «no menearlo» en atención a graves complicaciones diplomáticas, y porque al fin y al cabo, los que pagaron los vidrios rotos fueron millares de oscuras gentes, de simples obreros, de despreciable carne de cañón.

Antes del accidente de Mora, y desde que las mesnadas franco-vaticanas se proclamaron dueños absolutos de la península, los diarios capitalinos y de provincias venían materialmente atiborrados con accidentes producidos en las ferrovías de la destartada red nacional. Los accidentes eran achacables en absoluto a las pésimas condiciones de todo el material ferroviario: vías, máquinas, puentes y hasta a la deficiente preparación técnica del personal empleado, compuesto en su mayoría por paniaguados del régimen, veteranos conejos y flamantes falangistas premiados con el momio del esquirolaje, en ausencia de los verdaderos ferroviarios en exilio, en la cárcel éstos, caídos durante la guerra o ante los pelotones de fusilamiento. Millares de auténticos trabajadores del carril han sido forzados a optar por otras profesiones o por morir de hambre como consecuencia de la depuración y boicotaje del Estado falangista.

El suceso de Mora la Nueva vino a pedir de boca. Concurrían en él dos accidentes fortuitos preciosos para la especulación: la calidad de algunas de sus víctimas y cierto estira y afloja aproximativo con la frontera francesa, base, al decir de los franquistas, de organizaciones terroristas.

Habia que ignorar forzosamente lo proclamado a diario por todos los viajeros procedentes de España: el suplicio de las condiciones de transporte, lentas, incómodas, fatigantes y peligrosas. Había que ignorar que uno de los argumentos más sobados por los financieros de Franco—por los frailes limosneros en continuo peregrinaje al Wall-Street—, es la captura de dólares para reponer de arriba abajo el sistema de transportes y comunicaciones.

Cargando con el sambenito a los terroristas de allende los Pirineos, el Estado franquista se propone varios fines: justificar de unas víctimas privilegiadas que le son completamente achacables; arremeter una vez más contra el—a fuer de noble, sincero y firme—implacable enemigo del exilio; agitar una vez más el tópicu anticomunista, verdadera ganancia pro-dolariana en manos de los bandoleros franquistas; asir por los cabellos una preciosa ocasión psicológica para desbarbararse—en los fosos de Montjuich y en los arenales del Campo de la Bota—de abundantes reservas en condenados a muerte.

Para cumplir estos objetivos, los libelos de Falange, desde «Producción» a la «Vanguardia Española», han desatado las compuertas de su fingida indignación tratando de envenenar a la opinion española e internacional con acusaciones canallas e irresponsables contra nuestro Movimiento en exilio y contra sus hombres.

Auguramos a la última ofensiva falangista el mismo éxito que un salivazo a las nubes. Un salivazo no puede llegar a las nubes, pero sí a los ojos de quien lo escupe.

La escuela y su función social

La escuela y el niño

Por José TAPIA.

IV

Hablar de escuelas y de maestros, así, en sentido general y extenso, es recordar instantáneamente al niño. Siempre hemos tenido la creencia de que la misión única de la escuela era la preparación del niño para la vida; su dotación y desarrollo psicologico, mas o menos perfecto o completo alcanzado, la escuela daba por terminadas sus obligaciones y el niño lanzado a la calle. Es verdad que también teníamos y creamos en la existencia real de las escuelas superiores y especiales que se encargaban de continuar la labor de preparación y adiestramiento para la existencia social y colectiva.

Los tiempos han cambiado; la sociedad ha evolucionado pese a los frenos enormes que la contienen; las ideas básicas sobre la real personalidad individual y humana se han metamorfoseado; hoy sabemos al individuo determinado por las fuerzas confluentes del medio y de la herencia; no desconocemos el valor indivisible y unitario de la humanidad pese a su variedad y división espacial; hoy sabemos que la educación es la única posibilidad de nuestra superación.

Al hablar de escuela unificada, afirmamos la necesidad de que la labor educativa sea una y coordinada desde la infancia hasta la juventud; desde la cuna hasta el laboratorio, el taller o la oficina.

Durante toda la vida el hombre está capacitado para perfeccionarse y modificar su convivencia, y eso, y no otra cosa, significa para nosotros la educación integral. Tomar al niño en el propio seno de la madre y a través de ella, estudiando sus aptitudes y posibilidades, desenvolverlas en su mayor grado y procurar la total eclosión de todas sus facultades.

Afirmamos una vez más que entendemos por escuela toda organización humana, cuya finalidad sea el desarrollo de las facultades y aptitudes innatas y el aumento de los conocimientos científicos, literarios o artísticos: Desde la escuela maternal a la universidad, no hay más diferencia que el orden de los conocimientos a suministrar y que la primera es básica y fundamental para la buena utilización y aprovechamiento de la última.

No obstante, hagamos recaer toda nuestra atención sobre el primer grado o ciclo de cultura correspondiente a la infancia propiamente dicha y a las escuelas a ella destinadas. Estas escuelas

En Buenos Aires había—cuando Buenos Aires era el gran mercado de esclavas blancas desuinadas a las «casas non santas», como se llamaba a los lupanares—un cierto gran tratante polaco o alsaciano, que llegó a hacerse millonario con ese negocio; una vez enriquecido, compró un diario en cierta provincia nortena y se declaró director. Estalló la primera gran guerra de los tiempos contemporáneos, y el «director», ex tratante de blancas, se nombró corresponsal y se embarcó para Francia. En París, causó sensación en los círculos argentinos, la llegada de semejante personaje, y algún recelo en los oficiales de Francia, porque ya estaban enterados en los diversos ministerios, de los antecedentes del «colega». Me preguntaron, y preguntaron a otros muchos periodistas rioplatenses, si era cierto lo que se decía del Fulano en cuestión... «¿Para qué continuar esta historia? Lo cierto es que el Gobierno francés le colgó la Legión de Honor, porque distribuyó tabaco entre los soldados del frente y francos entre los heridos de la retaguardia, y la Legación Argentina, le ofreció un gran abnquete.

«Escandalizado? ¿No! Actualmente hay muchos que se vanaglorian de haber poseído tal o cual cantidad de esclavos negros; y hay muchos negreros, piratas, corsarios y salteadores en gran escala, que fueron hechos barones, duques y hasta principes... No tardará mucho en que idéntica vanidad sea exhibida por los descendientes de los que se enriquecieron en Buenos Aires vendiendo esclavas blancas.

Lo anterior parece que no tuviera nada que ver con el título universitario de esta carta, pero sí tiene... ¡y mucho! El ejemplo que me sirve de presentación, demuestra que aquella vieja frase clásica: «Poderoso caballero es Don Dinero» no ha perdido actualidad. Antes de ella, otro archiclásico, el emperador Vespasiano, declaró que «El dinero no tiene olor», respondiendo a un senador que le reprochaba haber instalado en Roma sus famosos retretes públicos y pagos. Tan poderoso e inodoro es el dinero, que por él se llegan a las peores mezquindades y canaladas, y hasta el crimen... lo que no es novedad para nadie. Lo que sí puede que sea novedad es lo siguiente:

En cierta universidad norteamericana, que no quiero nombrar, hay un curso de español para norteamericanos y extranjeros en general, atendido por un suramericano de cuyo apellido no quiero ni

acordarme en sueños; el profesor es un excelente profesor de español, así como era un excelente tratante de blancas el polaco o alsaciano de Buenos Aires, y era excelente emperador aquel de los retretes públicos de Roma. No se trata, aquí, de agusar al hombre, de impericia; como profesor... ¡se las trae! Es un eximio profesor, y las autoridades de la Universidad, al contrario para dar sus magníficas clases, no les importó conocer de él otra cosa que su capacidad profesional, lo que me parece excelente principio para cualquier actividad... aunque sea universitaria.

El profesor de castellano de la universidad norteamericana, del que estoy ocupandome, se ha dejado impresionar tanto como el Gobierno francés o la Legación argentina; la riqueza de esta noción de pudor, y creyendo dar gusto a los norteamericanos, rocía sus lecciones con anécdotas ilustrativas en las cuales salimos muy mal parados los que tenemos la poca suerte de hablar el idioma del inmortal hidalgo... etcétera. Para hacer reír a los que le pagan, para alimentar ese inocente complejo de superioridad que padecen los yanquis, ese suramericano no titubea en ponernos de oro y azul a todos.

—Los españoles tienen muchos trucos para irse del hotel sin pagar... Clavan las maletas al suelo para que los camareros crean que están muy pesadas... Salen por las ventanas... Falsifican cheques... Los suramericanos se roban hasta los tornillos de las puertas... Trabajan quince días al año... En una familia de cinco hermanos mayores, trabaja uno sólo por turno... No hay seguridad en ninguna parte... Nadie respeta las leves... Son países riquísimos con pueblos miserables por perezosos...

En fin, que por poco aconseja a los norteamericanos una expedición colonial para civilizarnos, enseñarnos a trabajar, a tener bañaderas y lavadoras eléctricas, etcétera, etc.

Lo trágico para nosotros es que los norteamericanos no rien de esas historias de su profesor de castellano, y que son ellos quienes han venido a contarme lo que estoy contando a vosotros, asombrados, asqueados y horrorizados ante tanta ruindad, baja... y lo que no puede decirse en letras de molde. Yo les he respondido, que una golondrina no hace verano... ¡pero tanto mucho que no me hayan comprendido!

Alejandro SUX.

A BENITO MILLA

Charlas sobre la cultura

«Importa acercarse a la verdad por el único camino practicable, es decir, lealmente, con más desces de verla que demostrarla...»

Algo que no quiere ser prólogo

Una Charla más, otro intento de buscar la verdad y de buscarme a mí mismo—no te ocultó que cuando creo encontrarme vuelvo a desaparecer—, aprovechando como siempre las páginas de RUTA. Y como el epistolario se hace ya un poco extenso y me obsesiona de antemano el bostezo del lector y el gesto de hastio del linotipista, intentaré hoy y ampliar y fundar todos mis juicios sobre la Cultura—esa bendita señora de nuestros sueños cuyos bostezos también me obsesionan—y dejar así el tema en el aire como una sugerencia de reflexión y análisis, de duda y valoración. ¿Para quién? Para aquellos que, quizás ingenuamente, vean en la realidad no un descubrimiento perdido, sino un misterio a descubrir.

Algo que no quiere ser prólogo pero lo es

Y bien, esta vez el prólogo ha respetado la extensión. Dejemos, pues, lo accesorio y vavamos ya a la polémica—busco otra palabra menos dura, menos áspera, pero no la encuentro y acepto el vocablo de mala gana—. Creo casi imprescindible comenzar por una aclaración semi defensiva, algo parecido a un intento de justificación. Temía en un principio, al comenzar la serie de artículos titulados genéricamente «Psicología de la Cultura», y el temor ha aumentado ahora, que pudiera tomármese por un furibundo enemigo de la acción cultural. Sé de sobra que tú comprendes mi posición, que sabes su punto de partida y su objetivo final, erróneo o no. Pero no ignoro tampoco la

existencia de compañeros que presienten tras ella un pretendido snobismo intelectual o un simple y llano prejuicio retrógrado, decididamente incompatible con el ideal anarquista.

La culpa de tal afirmación, lo reconozco, sea quizás mía. Posiblemente he incurrido por ligereza, por falta de precisión—¿por qué no por carencia de ese método rigurosamente analítico que yo mismo niego?—, en el absurdo y en la aberración de que mis artículos pudieran tomarse como una burda diatriba contra el arte y la actividad intelectual. Si así ha sido, si lo que escribí y lo que sostuve pudo haber dado fundamento a juicio parecido, no será ocioso entonces insistir sobre mi convicción básica—la que inspira este artículo y la que inspiró el primero sobre el tema—, que se reduce a considerar la cultura como una extraña y no como una enemiga de la moral.

¿Hace falta precisar, clarificar aún estas palabras? No proclamo la inutilidad del arte, limito su utilidad; no afirmo la inmoralidad de la cultura, afirmo su impotencia como causa eficiente de mejoramiento ético; no anulo el intelecto, defino su sector. Y si aún no basta, si subsiste todavía en estas líneas la imagen del Atila moderno con el grito salvaje de «Muera la inteligencia!», me reconozco incapaz de traducir en signos mi pensamiento y encogíendome de hombros me contento pensando que hay al menos dos hombres que no han dejado un momento de comprender mis conceptos: tú y yo. ¿No es eso bastante, al menos?

Necesidad de desbordar el tema

Ya ves, creí ahorrarme el prólogo y no pude evitar una disquisición al margen, larga y enojosa. Perdónala y sigamos adelante. El

mayor inconveniente de toda discusión sobre determinado punto es la imposibilidad manifiesta de ceñirse estrictamente al sector en cuestión. Hablar del amor obliga a abordar la fisiología—aunque sólo sea para negar su influencia; opinar sobre la guerra exige incursiones dentro de la economía; y si se trata de la revolución, debe uno convertirse en aprendiz de filósofo—a regañadientes, aborreciendo acaso la filosofía—y hacer pinitos en el conocimiento del hombre. Es decir, el análisis o el juicio de valor sobre un fragmento del todo implica forzosamente una toyma de posición frente al todo mismo; y los límites que desearían conservarse, el plan previo de circunscribirse a un solo aspecto, va borrándose poco a poco hasta convertirse en generalizaciones a veces demasiado amplias pero siempre inevitables.

Digo todo esto vista la imposibilidad de limitarnos a una definición escueta de la cultura en sí, sin tocar para nada aspectos que no sean específicos a ella. Imposible hacerlo—aceptando aún la eventualidad de que tal definición fuera alcanzable—, por la simple razón de que tropezamos a cada momento con esa competencia constante de unos y otros problemas: el todo que antes mencionaba no puede dividirse en átomos por prurito de claridad, ya que el hacerlo es subestimar la dependencia mutua que existe entre ellos: dependencia que en último análisis es la esencia del todo, su característica y su particularidad.

De ahí que en estas divagaciones sobre la cultura y la moral me vea siempre en la necesidad de jugar al psicólogo, alejándome por momentos del tema medular. ¿Qué hacerle, si el problema íntimo del hombre se mantiene latente en todo lo que el hombre crea y produce! ¿Qué hacerle, si, cuando (Pasa a la segunda),

Kropotkin-Malatesta

¿Existe un anarquismo científico?

La lucha de clases fué hasta cierto punto un concepto forzado. Sentada una premisa nos esforzamos en adaptar a ella los hechos más dispares. Bastará que la premisa cuente con cierto respaldo científico para que quede transformada en artículo de ley. Sin embargo, la ciencia distingue perfectamente entre hipótesis y verdad demostrada. La pasión obliga a veces a confundir e invertir ligeramente los términos. Meras hipótesis nos fueron presentadas como verdades concluyentes por impacientes adeptos de doctrinarismo.

La ciencia del siglo XIX fué el primer escarceo metódico en el campo universal de los conocimientos. Los investigadores de la época llegaron a ciertas conclusiones perdurables. Debemos también a la ciencia griega y a los investigadores del Renacimiento principios y constataciones que conservan actualmente toda su lozanía. Pero en el siglo del psicoanálisis, de la relatividad y de la desintegración atómica hemos podido contemplar el desmoronamiento de sistemas que parecían inconmovibles.

El prejuicio doctrinario—sedimento de las religiones—ha hecho rebasar con frecuencia los propios principios racionales de la ciencia. Científicos, sacerdotes y políticos se cogen frecuentemente de la mano. Los investigadores se empeñan a veces en copiar las veleidades de los políticos. Revolucionarios en principio, se tumban y acomodan sobre los laureles conquistados. Todo revolucionario da por terminada su carrera al llegar al gobierno. El estadista de hoy, revolucionario de ayer, se licencia a sí mismo en todas las ciencias habidas y por haber.

Ciertos hombres de ciencia no se hallan inmunizados de la ambición de sistematizar; de fundar escuela ni de sentar plaza de genialidades. La sistematización precipitada llevó a muchos sabios a incurrir en aberraciones, es decir, a dejar de ser sabios, a cerrar prematuramente el ciclo de sus investigaciones, sentando cátedra de demagogos. Entre muchos otros podríamos citar a Haeckel, furibundo paladín del evolucionismo, caído más tarde en los desvarios de la autoridad, enemiga de la evolución. El profesor Pablo Gilie, habiéndose de la función directriz del cerebro humano, ha reprochado al célebre naturalista de Jena su empeño en «querer explotar el argumento de esta fun-

ción cardinal del cerebro para deducir, por vía de similitud, la legitimidad y la necesidad, dentro del cuerpo social, de una centralización autoritaria a la prusiana».

Carlos Marx, inspirándose en la lucha por la existencia, real solamente en parte, dedujo la lucha de clases y el mismo concepto de clase, tan diluido en la realidad. Marx cayó en la tentación del sistema antes de que la ciencia sociológica pronunciasse su última palabra.

Algunos naturalistas habían ya fracasado en su empeño de definición de las razas. El color de la piel, la latitud geográfica y los rasgos antropológicos arrojaron muy poca luz sobre el problema. Sólo la bestia de Hitler, asesorado por su corte de sabios domesticados, pudo llegar a una clasificación arbitraria saltándose la realidad a la torera.

El marxismo, calando a los clasificadores raciales según la pigmentación de la piel, sentó el fundamento de la clase según la condición económica. Los adalides del destino de la raza blanca tuvieron un fiel continuador en Marx al hablarnos éste del destino de la clase proletaria. Sabido es que Marx no era proletario ni se hallaba sujeto a las condiciones económicas del proletariado.

El punto de partida económico para distinguir, dividir y clasificar a las clases tiene el mismo fundamento científico que el punto de partida epidémico para distinguir, dividir y clasificar a las razas. La lucha por la existencia como factor de evolución es tan discutible como la lucha de clases como factor revolucionario.

Al sobado argumento de un Hitler, un Mussolini y un Stalin, proletarios y totalitarios; al argumento de un Kropotkin, un Tolstoy y un Bakunin, nobles y revolucionarios, podríamos añadir hoy las derivaciones aberrantes del clasismo económico. La experiencia de la dictadura del proletariado, en Rusia y en sus países satélites, desvaneció todas las esperanzas depositadas en la lucha de clases y en el destino social del proletariado como clase dominante.

Tratáremos de demostrar que la dictadura del proletariado, rechazada particularmente por las organizaciones revolucionarias, sindicalistas o anarcosindicalistas, es una consecuencia de la doctrina de clase y de la lucha de clases, que aceptan, por otra parte, el sindicalismo y anarcosindicalismo militante.

J. PEIRATS

CHARLAS SOBRE LA CULTURA

(Viene de la primera)

do en la cultura, y en la acción, y en la moral, aparece siempre ese hacer humano inconfundible pero hermético, hermético pero cercano!

El fondo de nuestro desacuerdo

Como en mi artículo anterior, otra vez he de intentar la delimitación de posiciones—tu verdad y la mía—, procurando establecer concretamente la separación entre una y otra. Veremos si el deseo de simplificar no peca de estrechez.

Nuestra divergencia principal, básica, que resume si no me equivoco la suma de nuestros pequeños desacuerdos, surge de las respuestas dadas por nosotros a una cuestión de índole muy general: ¿qué motiva el hacer del hombre, dónde comienza su impulso, dónde nace su primer y su último esfuerzo? Creo poder resumir en ese punto el origen de la discusión; porque si disintemos al estudiar la génesis de la moral, del sentimiento, de la cultura, de la acción—en cierto grado, claro está, no en oposición rotunda—, todo ello cabe reducirlo y sintetizarlo en el problema genérico de eso que bien puede llamarse el hacer humano; hacer en cualquier dirección, en

cualquier aspecto, en cualquier categoría: la humanidad hecha acto, el acto hecho humanidad.

Y he aquí la necesidad de jugar al psicólogo. Al abordar en tu artículo esta cuestión, manifiestas «que la cultura es precisamente el instrumento que la conciencia necesitaba para dejar de producirse de una manera intuitiva e instintiva—las dos manifestaciones primigenias del hombre—y elevarse a la categoría de conciencia directriz». No, no creo que el caso pueda darse: de ahí la impotencia que atribuyo en tal sentido—en tal sentido, repito— a la actividad intelectual. La intuición y el instinto, primigenios o no, son justamente los que plasman el hacer del hombre, aún del más refinado e intelectualizado; no es bueno por haber asimilado y comprendido una norma ética; se es bueno porque se ha sentido intuitivamente la bondad, sin análisis previos. «Reemplazar el subconsciente humano por la conciencia cultural, reemplazar la intuición por el razonar lógico? La posibilidad me parece nula y el camino equivocado.

Pero expliquémonos; no quiero dejar esta vez la incertidumbre en el aire. Atribuir a la intuición del hombre su moral y su cultura—esta última, dije una vez, es la in-

tuición intelectualizada—no equivale en ningún modo a predicar un fatalismo oscuro e incontrolable. La intuición no es en mí una simple fuerza indomable y precintada por la determinación de la constitución individual del hombre; ya en mi artículo anterior me había levantado claramente y con energía contra el determinismo cerrado que supedita la ética a la fisiología y las acciones morales del individuo, a su temperamento innato. No, estoy lejísimo de sostener una tesis que minimice la capacidad transformadora del ser humano—con respecto a sí mismo y con respecto al mundo—e impugno rotundamente el fatalismo científico o místico.

Insistiré todavía en el punto. Puede objetarse que, al considerar la intuición como fuerza esencial y en último instancia determinante del hacer humano, niego automáticamente todas las posibilidades de educación y justificación en una forma u otra todos los errores. Veamos mi posición ante las dos objeciones; la primera de ellas exige un mayor detenimiento.

Tratando de responder y tratando de razonar

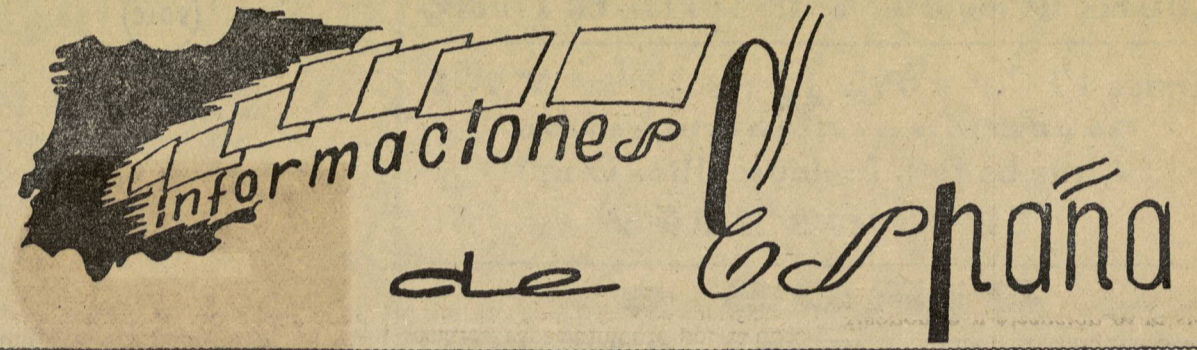
Creo naturalmente en la educación cultural y en la educación

moral—perdona que, siguiendo en más trece, establezca la distinción entre una y otra—. Creer en la educación cultural aunque solo fuera por la debida razón que me mueve a desear que todos los niños jueguen: porque es un placer, porque es un acercamiento a la belleza, porque es una ruptura transitoria en la línea rígida de la lucha constante. Y creo en ella con más fuerza, con más vehemencia, porque juzgo que si bien no puede engendrar de por sí una moral, puede muy bien sistematizarla, darle coherencia y armazón lógica: función que si no tiene una amplitud desmesurada, posee a menos la condición de agente reflejo si no creador.

Creo, por otra parte, en la educación moral, únicamente por vía del ejemplo y de la acción. Equivale esto a decir que descarto en ese determinado aspecto la pretendida influencia de la cultura. Sostengo la capacidad modeladora—en el terreno ético—de una vida que intuya el bien y lo practique, de un ser que ame la justicia y luche por ella: es decir, abreviando, que afirmo la posibilidad de la más profunda transformación moral—sin pretender con ello alterar la base intuitiva de la moral misma, y ya hablaré de ello más adelante—, y me coloco decididamente enfrente de cualquier fatalismo, racional o no. El hombre no es bueno ni es malo, se hace bueno y se hace malo; y como nada me impulsa a dudar de que la intuición del bien sea más natural, más espontánea, más armónica que la intuición del mal, me inclino a creer—no, yo no estoy ni quiero estar seguro de nada—que aquella puede y debe reemplazar paulatinamente a ésta.

En resumen, ni siquiera me preocupa saber si lo moral es más racional y más científico que lo inhumano. Me interesa sólo averiguar si es más natural, más apropiado a la esencia humana, cuya lógica dejo de lado. (Ya ampliaré estos conceptos al referirme luego de paso a la ética anarquista). Es desde ese ángulo absolutamente extralógico, intuitivo, que establezco la influencia de la cultura sobre la moral: influencia que niego, que reduzco a un factor imperceptible que completa pero no crea. En la evolución de la ética, han hecho más las lágrimas de todas las madres que las páginas de todos los moralistas.

Y hago aquí una pausa para no abusar del espacio. Esperando concluir el próximo sábado esta búsqueda incitante, te abraza cordialmente tu devoto enemigo,
R. MEJIAS PEÑA.



(De nuestros corresponsales en el Interior)

NOTICIAS DE BARCELONA

Del accidente ferroviario de Mora de Ebro.—Las agencias informativas me ahorraron esta noticia, de la que todo el mundo tiene ya conocimiento. Pero lo que no conocéis aún es la versión que circula por todas partes, tan persistente que hasta la prensa franquista ha tenido que salir a la palestra para dejar bien sentado el honor de la RENFE y la condición de terroristas de los individuos que provocaron el descarrilamiento.

He aquí la versión, tal como salió de labios del jefe de estación de Gelida, por ejemplo: «Bien puede haber sido un acto de terrorismo, aunque lo dudo. Yo he trabajado en aquella línea precisamente y sé que las traviesas están podridas y que le faltan infinidad de tornillos para sujetar los rieles. Tal como sucedió el accidente, si hubiese sido provocado la locomotora habría descarrilado también, pues ella es la que habría desplazado la vía de sitio, por ser en un viraje pronunciado, y no habría podido pasar al otro tramo de vía. Las vías están en tan mal estado que admito más el accidente por el mal estado de la vía que por otras causas. Por no citar más que un caso, diré que entre la estación de Gelida y la de San Sadurn de Noya (siete kilómetros) faltan más de dos mil tornillos a las vías. Si los viajeros conocieran el verdadero estado actual del material de la RENFE no viajarían en tren ni por una apuesta. Y así está toda la red española.»

Como tan verosímil resulta el accidente casual que el intencionado, dejaremos que el tiempo se encargue de aclararlo.

Consecuencias del accidente.—El jueves, 17 de febrero, fueron conducidos al campo de la Bota, para ser fusilados, dos camiones llenos de presos, escoltados por otro camión lleno de guardias civiles. Calculamos en unos 30 o 35 los fusilados.

La prensa del día siguiente sólo

citaba la ejecución de cuatro encañados en el atentado realizado en otoño 46 contra el edificio de «Solidaridad Nacional».

He aquí, sin duda alguna, la réplica franquista al accidente de Mora. La conciencia católica se remueve por la condena a cadena perpetua del cardenal primado de Huelva y, sin embargo, aprueba y ejecuta la muerte de otros seres humanos que no cometieron otro delito que el de intentar derribar, por la violencia, un régimen que se valió de ella para imponerse y sigue practicándola para mantenerse en el poder.

Más efectos de la escasez de fluido eléctrico.—Si bien en las ciudades se dispone de corriente eléctrica desde las 18 horas hasta las seis del día siguiente, en los pueblos no ocurre lo propio, pues solo disponen de luz una noche a la semana (domingo aparte) y aun en horas intermitentes.

Siendo eléctricas las amasadoras de pan y demasiado ricas ya los panaderos para rebajarse a amasarlo a mano, aprovechan las pocas horas nocturnas en que tienen corriente para amasar la parte del pan blanco que venden de estraperlo y luego no disponen de corriente para amasar el pan de

raciónamiento. De ahí que las más de las veces, las panaderías no tengan pan de raciónamiento, pero sí el de blanco... a 12 pesetas kilo.

Y, mientras, los agentes de Fiscalía de Tasas parecen ignorarlo...!

—¿Cuál es el país más rico del mundo?

—España. Porque desde el reinado de Isabel la Católica, todos los gobiernos que ha tenido, se han esforzado en arruinarla y no lo han conseguido aún.

Y este otro, sobre el tema del día: la escasez de electricidad:

Entra un señor en su casa, enciende una vela e, instintivamente, con aire de nostalgia, mira la bombilla eléctrica, colgada del techo e inútil ya, recuerdo de un pasado feliz, más... ¿cuál no sería su sorpresa al ver dentro de la misma a una rana. Esta, viendo la cara de asombro del señor, complaciente, le dice:

—¿Qué quiere usted! Soy el último residuo de los pantanos de España...

ANTENA.

El testamento de Darío

La expedición arqueológica al Monte Bennistun, en el Iran, fué posible mediante centenares de metros de cable y una plataforma especialmente fabricada, mas un equipo de técnicos suministrados por la base de reparaciones anglo-irana de Kirmanshah. Estos instrumentos técnicos fueron necesarios para vencer la situación creada hace cerca de 2.500 años por Darío, rey de Persia, quien ordenó esculpir la historia de su reino en tres lenguas en la escarpada pared de un precipicio, a doscientos pies de altura, dominando el antiguo camino de las caravanas en-

tre Persia y Babilonia. Las tres lenguas en que hizo escribir la leyenda son el eamita, el babilónico y el persa.

La inscripción fué examinada primero, en el siglo pasado, por el aventurero inglés sir Henry Rawlinson. Pero el primero en conseguir traducirla enteramente ha sido el Dr. George G. Cameron, jefe del Departamento de Estudios sobre el Cercano Oriente de la Universidad de Michigan.

Accommodado en su plataforma como un pintor de paredes en su jaula, y en algunas ocasiones a punto de ser descalabrado por piedras caedizas, el atrevido profeso. hizo copias a mano, sacó fotografías y hasta molde al latex de la famosa leyenda. ¿Cómo se las arreglaron los escribas de Darío, sin nuestros modernos aparatos, para grabar las inscripciones en el escarpado muro? Cameron ha revelado el secreto: una escalera misteriosa en forma de galería subterránea que después fué destruida y hábilmente disimulada.

Darío quiso que las caravanas vieran su monumento sin darles ocasión para alterarlo o destruirlo.

Destacado en la historia como hábil conductor de varias razas, Darío gobernó un imperio que se extendía desde Grecia y Egipto hasta la India. La inscripción fué esculpida entre 516 y 510 a. c., para conmemorar su ascensión. Darío creía en su permanencia, por lo que su mensaje dice:

«A ti, quien más tarde contemplarás este monumento y leeras esta inscripción: Si la respetas, el dios Ahura-Mazda será tu amigo, vivirás una larga vida y procrearás muchos hijos!»

De regreso a su país, el profesor Cameron ha hecho el siguiente comentario a las frases de Darío:

«No deseo una extensa familia, pero no tengo inconveniente en aplicarme el mensaje. La inscripción ha sido azotada por el tiempo durante siglos y los soldados la han tirado al pasar durante años. Yo he tratado de preservarla para la posteridad e incluso he querido darla a conocer a nuestra generación para que se sepa que el Cercano Oriente tiene algo más que ofrecer al mundo que petróleo.»

No confundamos la experiencia con el deseo de avanzar, ni éste con el de la capacidad constructiva. Cada uno, aunque no independientemente, tiene asignado su cometido. Distinguirlos en su fisonomía y ejecución es misión de las inteligencias esclarecidas.

No quiero decir con esto que para hacer la revolución ha de estar preparada la mayoría en sentido revolucionario, pero soy del parecer que a mayor número de éstos, mejores resultados se obtienen. Si cualquiera de los movimientos subversivos fuera de una buena actuación revolucionaria, con el número mayor de hombres capacitados y conscientes, no hay duda de que sus frutos serían mayores en cantidad y calidad. MINGO.

Desviaciones

La violencia y la intolerancia

Estamos abocados a una lucha sin cuartel, ciertamente, pero esto no justifica el amañamiento cada vez mayor, en la opinión general, de la identificación absoluta de la violencia con la revolución. No nos preocupamos mas que de la preparación de aquella para la consecución de esta, olvidando completamente el cultivo del intelecto. El resultado es el fortalecimiento de la acción violenta revolucionaria, pero también el debilitamiento de la formación idealista que trae como consecuencia desviaciones que más tarde habrá que lamentar.

Si no se expresa uno en sentido violento se le tilda de reformista por muchos que se atribuyen, al menos dialécticamente, un revolucionarismo feroz. Los tildadores, posiblemente, en una acción violenta, no irían más lejos que el propio tildado.

No hay que confundir el reformismo con la diversidad de apreciar las cosas. El reformismo no es más que la pretensión de unas mejoras que no hacen más que perpetuar el sistema que se pretende derrocar. Un reformista no tiene nada que ver con quien pretende que, paralelo a la acción, se

puede hacer lo posible por crear un tipo de hombre capaz de hacer una revolución de envergadura sin miedo a perderla. La revolución es una transformación, un cambio total que el Estado teme y contra lo cual emplea la violencia más extrema. No hay que defender al Estado, sino atacarle, siendo indispensable el empleo de la violencia para ello. Ahora bien, un movimiento revolucionario tiene una fase destructiva y una constructiva. La violencia no tiene razón de ser más que en la parte destructiva. Es indispensable, pues, que si se cree necesaria la preparación de la acción destructiva, debemos atender también a la preparación de la parte constructiva.

A través de todas las épocas han vivido los hombres con inclinaciones destructivas, según sus temperamentos. Para los primeros, la existencia ha sido una lucha continua; los segundos, a veces, no han sido capaces de hacer el menor acto de violencia. Si soportásemos los hechos de unos y de otros veríamos que los hechos de un Newton, un Galileo, un Copérnico, un Darwin y un Godwin, etc., pesarian tanto, si no más, que los de los otros.

La violencia, si se emplea por sistema, crea violencia, eterniza odios y degrada al hombre. Lo triste es estar obligados a emplearla, pero se debe hacer lo posible por estar preparados para que el resultado de su empleo sea verdaderamente justo y humano. Y para empezar no se debe negar sentimientos revolucionarios al que antepone el interés de lo constructivo al de la destrucción o viceversa. Sobre todo, si para combatir puntos de vista opuestos al nuestro empleamos sectarismo y violencia, nos negamos a nosotros mismos. La violencia y el autoritarismo no se manifiestan solamente con un fusil o con la jefatura de un gobierno. Se manifiesta, también, cuando a un punto de vista se opone, no la razón, sino el insulto; no el estudio imparcial de ambos criterios, sino el avasallamiento por la fuerza, aunque sea ésta la de la mayoría. La mayoría, en muchos casos, no es orientada por la razón mayoritaria, sino por una minoría que, en su sectarismo, se cree poseedora de la verdad. De tales métodos no pueden salir más que revoluciones ficticias, cambios de forma pero no fundamentales, ya que faltará el aspecto constructivo que es el permanente y que se sacrificará en holocausto de la violencia que es circunstancial.

La labor primordial de todo revolucionario es procurar por todos los medios la revalorización de los sentimientos de fraternidad, confianza, tolerancia y apoyo mutuo. Sentimientos que han sido los que más han engrandecido a la gran familia libertaria. No hacerlo así y no fomentar permanentemente más que una dialéctica de violencia exclusiva y demagógica perjudica enormemente a la verdadera revolución, arma llamada a acabar con la tiranía pura y simple, con el autoritarismo, no sólo el de los demás, sino el nuestro propio.

El hecho de no valorizar estos sentimientos a que aludo trae como consecuencia el que la juventud no se forma como debiera ante el ejemplo que le da el adulto. Y el joven de hoy será un adulto en posesión aumentada de las desviaciones de los que deberían dar el ejemplo y no ofrecen más que el desdiseño de su higiene moral. Al igual que el niño, que en la mayor parte de las veces es el fiel reflejo del ambiente familiar, el cual marcará huellas profundas en su carácter futuro, así el joven será la continuación de este espíritu de intransigencia y de violencia irrazonada. La juventud no contaminada aún de este gran mal debe elevarse y luchar contra él en todo momento. Hubo un momento en que nadie se hubiera atrevido a insultar a un libertario en presencia de otro. Todo un bagaje, no sólo de teorías, sino de prácticas de nuestros filósofos son desvirtuadas, cuando no olvidadas.

El argumento de Malatesta: «Para combatir razonablemente una moral, es preciso oponerla en teoría y en la práctica, una moral superior», es para muchos cuento de tarta.

Es ante este grave peligro que grandes y chicos debemos reaccionar si queremos ser continuadores de los que todo lo dieron por la libertad. Y sobre todo, si queremos que la violencia dé paso sin día a la creación de un mundo sin tiranía.

Luz Meza Cienfuegos.

La escuela y el niño

(Viene de la primera)

La observación, el método y el cuidado que requieren las atenciones y trabajos realizados sobre la tierra y en los talleres, son otros tantos motivos de autodisciplina y autodeterminación. Si a ello podemos agregar y lo haremos fácil, la cria y cuidado de animales, el cuadro será completo y los resultados visibles notablemente.

No olvidemos que el estado actual de la técnica y la electrificación de la mayoría de nuestros pueblos nos permite poner a disposición de la obra educativa de las escuelas, dos buenos y fundamentales agentes educativos: nos referimos, como todos habrán comprendido, a la radio y al cine.

De esta forma conseguiremos que el niño tome verdadero amor a la escuela, al hogar acogedor en el que encontrará múltiples ocasiones de distraer su espíritu y encauzar su poderoso deseo de creación y actividad física.

Cuando el hogar infantil funciona en todas sus actividades y en la más amplia posible libertad del niño, dedicando algunos ratos oportunamente determinados al verdadero y necesario trabajo de instruirle en aquellos conocimientos y técnicas especiales que son difíciles o raramente presentes en las restantes y más numerosas actividades, habrá terminado para siempre la instintiva repugnancia de la infancia actual hacia las escuelas que sólo piden pasividad y una buena memoria receptiva.

Los cuadros o grupos artísticos infantiles, funcionando en el seno de estos felices hogares posibilitan una gran labor educativa para la predisposición natural de la infancia a amar apasionadamente los más selectos y complejos personajes creados por el arte. Hemos tenido ocasión de ensayar este sistema y es asombrosa la persistencia en los niños de las ademanes, expresiones y reacciones es-

pirituales propias del personaje representado cortado por ellos en el desarrollo de la obra.

Y no hablemos de tantas otras actividades necesarias, si como son los ejercicios de escritura, de declamación, de memoria, etc.

En defensa de la verdad

(Viene de la cuarta)

brisas y huracanes. Liquidemos cuanto antes esta etapa de vacío, de hundimiento, de negaciones. Busquemos siempre el contenido de los nuevos seres y renacemos.

Para liquidar toda la basura que está depositándose en las mentes de nuestros luchadores, hay un solo camino: LUCHAR. Dinamicemos toda nuestra vida por la Causa universal de nuestra especie... y nuestro ser tomará la magnitud de un sol sin mácula.

La liquidación de esta etapa de pánico se logrará solamente mediante la recapacitación cultural e ideológica.

Arrebatemos a la juventud de los comodines del ambiente vanidoso. Y a los adultos, de esa constante expresión de cansancio y de indiferencia... vehículo de todas las claudicaciones.

«No claudiquemos más! En nuestro descenso son arrastradas las generaciones que vienen detrás.

«Alzad las frentes en el polvo hundidas! Alzad las frentes y apretad los músculos! Vosotros, los cruzados de la vida!

Luz Meza Cienfuegos.

Leed RUTA

El revolucionario y el rebelde

Partimos de un error fundamental si consideramos al rebelde igual que al revolucionario, porque éste ha de reunir distintas condiciones que aquél. Bien que en el hecho violento sea el rebelde más activo, más entusiasta en la acción, si se quiere, pero en el constructivo no dará nunca el mismo rendimiento que da el otro. Desconoce el organismo que puede suplantar al caducado y mal podría armonizar el futuro sin que antes sufriera las consecuencias que lógicamente acarrearán las cosas cuando el individuo, por desconocimiento de la materia a moldear, no sabe evitarlas ni trabajarlas con la antelación debida.

El revolucionario es estudioso, incansable en la investigación; analiza, compara. Toda su vida es una preparación sin límites. Es

amante de la ciencia y busca en ella las causas y los efectos de los variados fenómenos que diariamente se presentan en la vida cotidiana del hombre y de los pueblos. Es un infatigable evolucionista y su cabeza un archivo de conocimientos. Ansioso de libertad y justicia, no pierde ningún detalle de relación con esto o aquello, porque lejos de ser ignorante, es un verdadero innovador de cuanto a su interpretación filosófica o simplemente social le concierne. Para él, la ignorancia, es su mayor enemigo, y la combate con las armas de la razón. Jamás se contenta con lo adquirido y busca más en sus pesquisas intelectuales. Porque es culto, es correcto y amante de todo lo bello y humano con arreglo a sus condiciones temperamentales y carácter personal.

Personajes de un libro que no se escribirá

QUICO

¿Las hadas? No, Quico no creía en ellas; hubiera querido creer, hubiera deseado poder aceptarlas, pero su realidad era otra. Una realidad que no era triste, ni dura, ni amarga; existía, era, sin calificativos ni juicios de comparación porque Quico no conocía nada mejor ni concebía nada mejor.

Una realidad sin hadas, eso es todo. Y sin duendes, sin gnomos, sin «Alicia en el País de las Maravillas»; un vivir que era todo aceptación, un sí continuo y sin dudas, empuinado casi en su afirmación. ¿Qué feliz hubiera sido Quico de conocer la protesta y la rebeldía! Porque entonces hubiera sabido que su vida no era justa y que su infancia necesitaba las hadas; hubiera sabido que tenía derecho a la sonrisa y que en el mundo faltaba su sonrisa. Hubiera sabido, en fin, que era un niño.

«¿Os reís, acaso? Pues sí, Quico no había llegado a comprender que era un niño; sabía su pequeñez, su debilidad, pero no sabía la omnipotencia de su infancia ni la fuerza oculta de sus ocho años. El era un hombre pequeño, no era un niño; y como hombre, no podía creer en las hadas.

Además era capaz de razonar—los ocho años de Quico le habían enseñado a razonar—y decirse que las hadas no creían en él; mejor dicho, que le habían olvidado. Y era lógico entonces que Quico recurriera al olvido, por su parte, y se aferrara a un realismo a ultranza: realismo de ocho años, realismo de ingenua irrealdad.

Y Quico no sabía soñar; quizás por falta de tiempo, por falta de costumbre y falta de sueños. ¿Jugar? Oh, tampoco sabía hacerlo; sus muñecos no hubieran tenido vida, ni calor sus aventuras ni pasión sus amores. Su juego hubiera sido un juego—un juego que se sabe jugar—y entonces jugaba a vivir.

Quico no creía en las hadas, creía en el mundo, en la realidad; y quizás no creyera en Quico.

M.P.

A. Vázquez.



Picaresca del exilio

Estando en la legión, un español, por falta de dinero, vendió su reloj a uno de los cabos por la módica suma de cien francos. Excusado decir que dicho reloj era de esos de a cien pesetas el kilo. El cabo se dio al cabo por engañado y devolvió la joya a los pocos días advirtiéndole al estafante que si no le restituía la suma pagada daría parte a la superioridad, de lo que resultarían varios meses de cárcel.

El traficante, asustado, consultó con otro español de su mismo batallón, diciéndole:

—Oye, ¿tú conoces las leyes francesas?

—Ya lo creo, tan bien como las españolas—comentó el consultado—. Todas las leyes se parecen como si procedieran de un molde único.

—Pues entonces, sácame de este atolladero.

Y el atribulado estraperlista contó a su improvisado defensor cuanto le sucedía. Terminado el relato, el abogado se echó a reír y acabó por decirle al otro:

—No tienes que devolver los cien francos. Bastará que me des a mi cincuenta para que sepas cómo debes de proceder. ¿De acuerdo?

—De acuerdo—contestó el cuitado casi sin reflexionar.

—Vamos a ver, cuando hiciste el trato, ¿había algún testigo?

—No.

—¿Firmaste algún papel?

—No.

—Entonces le mandas a bañarse al río.

Al día siguiente, el estraperlista fué abordado nuevamente por el estafado, requiriéndole de nuevo éste los cien francos.

—Yo no te debo nada.

—Repito que me debes cien francos que te di por esa patata que me vendiste por reloj.

—¿Tienes testigos?

—Hombre... no!

—¿Firmé yo algún papel?

—No!

—Pues, entonces, vete a dar un

remoión al río.

El cabo reflexionó, consultó el caso seriamente y, finalmente, resolvió abandonar el pleito.

Después se presentó el letrado con la factura.

—Oye, tú, vengo a que me pagues los cincuenta del ala.

El guindilla se echó a reír.

—Menos risas y suelta la mosca.

—¿Qué mosca ni qué niño muerto? Yo no te debo nada.

—Acordamos mis honorarios en cincuenta francos.

—¿Tienes testigos? ¿He firmado yo algún papel?

—Termina con tu cuento y paga, que hace calor?

—Pues, entonces, ve a bañarte con el otro, que tiene miedo de echarse solo.—Francisco Delgado (Pirineos Orientales).

Aventuras y desventuras de Paco el Sordo

Llegaron noticias a Paco el Sordo de las calurosas ovaciones que provocaba la exhibición de su retrato en la pantalla de los cines.

—Increíble parece—comentaba éste con la pécora de su patrona, que acababa de darle tan importante noticia.

—¿Ve, para que te convanzas! Yo acabo de presenciarlo en uno de los cines de barriada, donde no puede haber trampa. El público se levanta en masa al ver tu retrato y te aclama fervorosamente, gritando a coro tres veces: «Franco, Franco, Franco», pues sabe que estás como una tapia. ¡Vistete de paisano por si las moscas!

Paco el Sordo siguió las indicaciones de su cónyuge. Disfrazado de limpiabotas se confundió entre el público de la galería que atestaba uno de los cines arrabaleros.

Pasadas las primeras imágenes del noticiario, apareció en la pantalla la pose gallarda de su doble con todos los arreos militares. El público, automáticamente, se puso en pie y millares de brazos fueron extendidos. Paco se quedó clavado en su asiento, creyéndose relevado de la ceremonia.

—Oye, tú... o te levantas o te levantas la tapa del cocol—dijo la voz avinagrada de un falangista.

Paco el Sordo, a quien hay que llamar tres veces para que se entere a medias, continuó arrebollado en su asiento.

—Le recomiendo que obedezca—le dijo el alma caritativa soplando en el mismo oído—, yo soy tan antifranquista como usted, pero mientras mande ese besugo no tenemos más remedio que seguir la comedia.—J. Ayora.

LA TRISTE REALIDAD

El peor de los males que pueda influenciar a nuestra juventud es el falso enjuiciamiento entre lo real tangible y lo que se quisiera como real. Una cosa es lo real y otra la impresión desagradable que experimentamos ante cuanto difiere de nuestros sentimientos morales.

Esta digresión tiene su fundamento en un hecho. Uno de nuestros jóvenes afines tiene relación íntima con otro exilado de edad madura, no afín en ideas. En ocasión de una película cuyo argumento es una crítica mordaz contra la prostitución, el amigo de nuestro joven ha manifestado que era «una indecencia».

De ahí que el joven compañero atravese por efecto de la película, una crisis moral, pródigo de aceptar como buenos los juicios de su amigo.

Es una indecencia que la sociedad permita e incluso legalice la existencia de un ser que se haga de la mujer un ser abominable; que por ambiciones imperiales combatan los pueblos entre ellos hasta destruirse, pereciendo millones de niños en brazos de sus madres; que mientras los trabajadores consumen su existencia en jornadas agotadoras, unos cuantos, los menos, gozan de ese esfuerzo sin hacer nada; silenciar la doblez de la moral cristiana, creadora del espíritu de mansedumbre ante el estado actual de cosas; pero no es una indecencia evidenciar públicamente las realidades detalladas de todos las injusticias, aunque estén anegadas en sangre y dolor.

Cerrar los ojos a la realidad so pretexto de que ésta no es agradable, es mansedumbre cristiana y hasta cobardía. Y ante este caso concreto, la realidad tiene buen exponente al arrojar a la faz del público el crimen inhumano de los antros de prostitución.

¡Ojalá fuese permitido filmar otras películas sobre otros problemas que afectan profundamente a

la sociedad! Serían tanto o más deprimentes que la referida, pero evidenciarían al mundo la base corrompida en que descansa la sociedad.

Francisco Porcar.

Temas de hoy y de siempre

Son muchos los que erróneamente creen que la nueva sociedad que anhelamos ha de ser conquistada por la acción de la dinamita. Craso error éste. La conquista de la sociedad ideal será obra de la educación, de la superación moral del individuo.

Quien dude de estas afirmaciones no tiene más que echar una rápida ojeada a la historia social de los pueblos para darse cuenta de que ningún movimiento ganado por la acción de las armas ha podido destruir los vestigios de la desigualdad y de la explotación.

Sucedió esto porque los pueblos no han sabido estar nunca a la altura debida. Dueños de la revolución, no han sabido encauzarla, viéndose ésta malograda por falta de capacidad y de visión.

Una de las pruebas más recientes la ofrece nuestro 19 de julio. Nuestros ensayos de tipo económico, nuestras colectividades y socializaciones dieron un buen resultado. Pero fueron malogrados por el grave error cometido en no hacer desaparecer desde el primer día todo vestigio del régimen autoritario. Por el contrario, fuimos tercos colaboradores de los organismos del Estado, a quien sostuvimos con nuestra ayuda.

Algunos achacan este error a las circunstancias. Otros a la buena fe. Nada de esto. Lo sucedido es que no estábamos preparados, a la altura de aquel momento.

Hay momentos en la vida que la violencia es necesaria y esto sucede cuando los pueblos se ven amordazados por regímenes opresores. Entonces, es de vital necesidad emplear la violencia para poder proseguir nuestro ritmo de educación y de preparación.

Mañana escribí hace más de medio siglo estas palabras:

«...anarquistas, sabed ser hombres de libertad. A la violencia física, oponed, ya que es necesario, la resistencia física. Pero a la propaganda, oponed la propaganda, nada más que la propaganda. Pues de otro modo, la gente creería, y no sin razón, que cuando seamos nosotros los más fuertes, seremos tiranos igual que los ueños, y que la anarquía sería una palabra vana, como ha sido vana la palabra libertad de que los burgueses, antes del triunfo, se decían defensores. Combatamos al sacerdote, pero no con armas de sacerdotaje.»

Eso es, a la violencia con la violencia. Pero, siempre que nos sea posible, debemos educarnos.

Amadeo Cerdá.

Carta abierta

Querido L.: Mis orientaciones sobre lo que son las Juventudes van a ser breves. La misión de las mismas es de capacitación y formación de una juventud libre, una juventud nueva, capaz de darnos un paniel de militantes para el día de mañana, acentuando, de esta forma, nuestro potencial ideológico.

Los medios para obtener nuestro fin son muy variados, pero se reúnen en una sola palabra: Cultura. Cultura por medio de folletos, libros, conferencias, charlas, en fin, por todos aquellos medios de que disponemos en nuestro campo.

De estos medios, pocos podemos disponer actualmente. Las conferencias, que tienen un alto sentido educativo para la juventud, nos son imposibles a los que vivimos en estos rincones donde Cristo pasó de noche para que no le vieran.

Las charlas, otra forma agradable de educación, son posibles contando con algún compañero capacitado que pueda servir de estimulante. Naturalmente, no serán las charlas comentadas que hacíamos en España en nuestras jiras, y que espontáneamente salían de aquella juventud ansiosa de aprender, y en las que siempre había viejos militantes en edad y experiencia, que encauzaban aquellos tan interesantes temas, dando resultados prácticos y agradables.

Sería también interesante que la juventud se inclinara por los cursos por correspondencia, pues hay que compaginar la educación ideológica con la cultura general, es decir, todos aquellos conocimientos que complementan al hombre con conocimientos variados.

Los hechos diarios, la actualidad mundial, pueden darnos motivos de crítica razonada. El estudio del pasado juvenil y confederal con sus realizaciones prácticas, nos dará motivo y coraje para orientarnos hacia un porvenir más justo, más libre, más humano.

Termino ésta con las sentidas estrofas de nuestro himno:

«Juventud de lucha proletaria, ilusión del porvenir, bella esperanza libertaria que alumbró nuestro porvenir».

Manuel Blasco.

Mirando al campo EL OLIVO. - SU ABANDONO

Por M. TEMBLADOR.

II

Nos ha causado verdadero dolor cuando hemos contemplado en España grandiosos olivares deshechos y abandonados a la voracidad del tiempo que pasa, sin la caricia de la mano experta del talador ni del arado del gañán.

Los olivos, como las demás plantas, son muy agradecidas, y si no se cuidan disminuyen sus frutos y mueren en corto tiempo. Al contrario, si se cuidan, tienen muchísimos años de vida y producción; pasan del siglo si no tienen la desgracia de ser atacados por enfermedades o por la inclemencia impetuosa del huracán.

Una de las causas de la ruina oliverera es el promedio desmedido de los patronos quieren sacar de él sin acudir a los gastos necesarios al mantenimiento de la industria. Van a las plantaciones sólo para recoger la aceituna sin reparar en las exigencias de cuidado, tanto en tala como en labranza.

Conocemos propietarios de fincas de olivar que no queriendo sacar de su bolsa el dinero para sueldos de los trabajos útiles de cada época, han ofrecido las tierras a pegujaleros para sembrarlas a cambio de que hagan a los olivos lo necesario; o a cabreros que han hecho los trabajos de tala por los ramones que, mejor que otra cosa, engullen las cabras. Estos procedimientos son mucho más catastróficos que dejar los olivos abandonados, pues, generalmente, estos hombres son inexertos en esa especie de trabajos.

Tala y corta de los olivos.—Llamamos tala o limpieza del olivo al trabajo que cada tres años se le hace. Consiste en esclarecer sus ramajes desde el interior, cortando así los viejos y secos ramones, todo como los cruzados a través del tiempo, enderezando y dirigiendo a los demás hacia el exterior del árbol, para que la clemencia del sol y otros elementos ejerzan su influencia en sus frutos que se muestran arracimados en los verdes y lozanos ramones que han quedado a sus anchas desbravados y limpios de todo parasitismo.

Como hemos dicho, este trabajo sólo se hace cada tres años. En cambio, el desvareto o deshío, es obligado practicarlo todos los años, pues, de no hacerse, los renuevos que nacen en la peña y tronco del árbol se lo tragarian en pocos años, ya que el desarrollo de los mismos es considerable, y de no cortarlo a tiempo reduciría grandemente la producción.

De Administración

Relación de giros recibidos en el período comprendido entre el 21 y 26-2-49:

Brabezo, de Saint Jean De Valerise, 1.151; C. Gutiérrez, de Oudiane, 360; Cirera, de Rivesaltes, 720; Vicenta, de Pelisane, 360; Rosquillas, de Marcellas, 177; Pérez, de Chalabre, 1.353; García, de Mandande, 129; Fernández, de Castres, 1.434; Traverset, de Villeneuve (Yonne), 400; Cuartielles, de Saint-Astier, 177; Jiménez, de Pralognan, 360; C. Gutiérrez, de Oudiane, 360; Ibáñez, de Banyuls-sur-Mer, 345; Molina, de Arles-sur-Tech, 960; Teruel, de Canet, 600; Torres, de St-Gilles, 360; Pinilla, de Le Creusot, 504; Lozano, de Béziers, 585; Aguilar, de Pierrefitte, 789; Garzón, de Saint-Henri, 2.400.

Mene, de Le Grand Combe, 300; Monteiro, de Oloron Ste-Marie, 288; Grasa, de Ste-Livrade, 360; Miralles, de Nimes, 1.410; Diaz, de Miliana, 300; Peláez, de Clermont, 1.660; Pérez, de Villefranche, 1.080; Vitales, de St-Jeury, 408.

Total, francos, 18.730.

Cristóbal García García, de Aubin.—El giro obra en nuestro poder. Tu suscripción está pagada hasta el 30-6-49.

Tomás Salas, de Montaigut en Combrailles.—Cambiamos dirección envío. Tu deuda comprende los números 178 al 180.

Dolores Peláez, de Clermont Ferrand.—No debéis liquidar el número 171 si no lo habéis recibido. Nuestro consejo de reclamar a la administración, no significaba en ningún momento, que dudáramos de vuestra afirmación.

SUGESTION DE ESPAÑA EN EL MUNDO

por Felipe Alaiz

48 páginas de nutrido texto
Portada a tres colores
PRECIO 35 frs.

Pedidos a
ROQUE SANTAMARIA
4, Rue Belfort Toulouse



(Continuación) IX

El ambiente laborista venía a ser para los anglicanos de catedral una ermita desdoblable, y los laboristas lo que era Pablo de Tarso para los patricios romano: un chico. A un patricio romano, Pablo de Tarso, que despreció la riqueza, le parecía un redimido chico. Pero no tardaron en convencerse los patricios ingleses de la manera segura de encaminar las masas trade-unionistas y el doctrinarismo laborista a la reconciliación pública, consistía en abrir las puertas del poder.

Toda oposición que co. o el laborismo tiende a desheredar a un gremio gobernante, renuncia como tal a procurar fuera del poder la más leve mejora, renuncia a conseguir en el medio social cualquier avance progresivo por la asociación voluntaria, que le nda er consdera acertadamente b. se e efectiva de vida común.

El laborismo, impregnado ya de conformismo bíblico, se entregó a la complacencia. En 1935, Inglaterra y Alemania se pusieron de acuerdo y rieron después. Si para el patriciado anglicano, el laborista no era ya más que un diablo domesticado, queda a ot o diablo asimilable: Hitler. Laboristas y conservadores reafirmaban con acto y estrechaban alianzas contra el nuevo adversario, el estrepitoso y dispa ado patr n de la nueva Apocalipsis el de. oniac agitado r de la cruz ga. ada.

dente. No es hombre adentrado en ninguna corriente doctrinaria sutil, no es un dialéctico ni propiamente un avisado sofista. Carece de la lógica que vemos en los científicos y del roc. anticismo de los luchados res. En los tie pos de Bevin hemos podido ver que Inglaterra se da fuer o militar. Pro. anente después de una guerra desastrosa, el servicio militar obligado que no propusieron los conservadores, ni en la época más visibles del imperialismo, queda como un estigma marcado en la vida inglesa por el laborismo. Parece que Bevin quiere hacernos recordar la última frase de Séptimo Severo a su hijo: «Permaneced unidos, pagad a los soldados y despreciad todo lo demás». Pero la unión no es uni n sino necesidad de seguir d minando a los ingleses, con tantos reinos desunios.

Si Bevin el deficitario se inclinó a la colaboración con los peores nodulos de la vida inglesa, el hecho tiene explicación en la incapacidad voluntaria de Bevin para elegir otros colaboradores en el complejo inglés de libros trabajo útil, humor niv. lada, as. e. aci n de ig. ales, resistencia al poder, modesta, razonamiento, vida vecinal ca. str. tiva, etcétera. El talent. estorb. al político. «Qué p. dria dar de: si Levin dialogando con un europeo de término medio cultivado—inglés o no—tratando te. as esenciales de la vida en la del pensamiento inglés? ¿Qué idea tan pobre, que deformación, qué ausencia de documentación, qué veleidad discursiva no demostraría este ministro, llamado en

momentos de pánico para es onder l carbon y llevado al poder por los lneros que a. arancan e. c. a. b. n en las cavernas?

CAPITULO V

Bevin y el monopolio industrial del Estado

HA llegado a decirse que mientras Europa continental se debate en el caos, pero avanza a pesar de todo, Inglaterra declina en el orden.

Estas palabras no dejan de ser convencionales. El caos introducido en todos los países por sus gobernantes resulta visible y común. Lo evidente es que tanto en el caos continental europeo como en Inglaterra, no evolucionan las formas sociales más que por excepción. No tratan de concentrarse y coordinarse con sus afines, extendiéndose y perfeccionándose fuera del Estado. Lo que se ve, por el contrario en Europa es una evolución de estilos policíacos, desde la autocracia—Hohenzollern, Romanof, Borbón—a la República—Ebert, Kerensky, Azaña—desembozando en tres dictaduras—Hitler, Stalin, Franco—Inglaterra sigue proceso distinto, pero su flaco es el mismo: la omnipotencia política consentida por los electores.

Todo evoluciona hacia la omnipotencia del Estado en Europa. Los países entregados al Kremlin, desde el Mar Negro al Adriático, se han visto o se ven en parecidos trances. Los vincula-

dos a la política anglo-sajona caminan hacia el dirigismo intermo—inglés—o hacia un dirigismo consuso.—Francia—resolviéndose ambos mediante transacciones mutuas que a. ararán el caos y la miseria cuando el Estado, aun el que se llama adversario de la dictadura se proclama dictador bastante después de serlo.

La nacionalización de las industrias inglesas, no expropiadas más que con indemnización, muy socorrida por cierto para los capitalistas, representa una tendencia a la unidad económica en el monopolio, no al federalismo de la distribución.

Esto contrasta con la desvinculación patrimonial agraria en los países de influencia soviética, los cuales establecieron la propiedad privada—recién adquirida fácilmente por el pequeño agricultor—en un sentido acorde con el pequeño propietario inglés. Resulta, pues, que Inglaterra nacionaliza las industrias para convertir cada una de ellas en supuesto servicio público, igual que los Soviets, mientras los países de influencia soviética reconocen y facilitan propiedad privada a los sin tierra.

Este contraste es visible y atemida el cacareado antagonismo entre soviéticos y anglosajones.

El llamado en Inglaterra muy honorable Ralph Assheton, personaje directivo del partido conservador, no convencido aún de que los gobernantes ingleses y la oposición forman un todo

solidario y se complementan incluso cuando se han excusado formularia y electoralmente, escribió en plena campaña electoral antes del 26 de julio de 1945: «Los conservadores quieren desentenderse de los controles desde el momento en que éstos no sean ya necesarios, mientras que los creyentes en el Estado socialista opinan que los controles son una necesidad permanente, porque dan la pauta para organizar la vida del pueblo desde arriba».

Esto queda perfectamente claro como oposición. Y más claro todavía queda lo que dice en otro apartado Assheton: «La teoría, disculpable en tiempo de guerra, de que el Gobierno controla el trabajo, habrá que abandonarla lo antes posible. Es simplemente la negación de la libertad. La noción de que la mayoría de los hombres están dispuestos a trabajar de firme por el bien de la humanidad, es una simple utopía».

Como las elecciones elevaron al laborismo a la utopía del poder, el partido conservador cambió de táctica. En un Congreso conservador se impuso la tendencia temporizadora y favorable a las nacionalizaciones, caballo de Troya del laborismo.

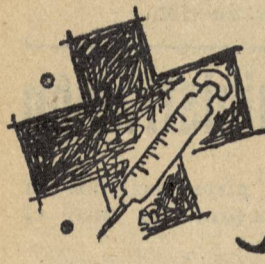
Desde el punto de vista de la industria del Tránsito y de la pelea sindical, Bevin ha sido un técnico informado acerca de los proyectos del transporte en común, particularidades del tráfico ferroviario y marítimo, novedades y mejoras posibles, organización del trabajo,

especulación de los accionistas, sueldos, etcétera. Como el carbon es un producto británico tan típico, sabe bien Bevin que nacionalizar el carbon equivale a vender obligadamente las acciones el capitulista para invertir el capital en un negocio como el de las navieras—no nacionalizado—y por consiguiente seguir cobrando—renta usuraria. Puede consistir igualmente en adquirir tierras y explotar a los cultivadores.

«¿Quién estorbará en las industrias nacionalizadas como monopolio, que los beneficios sean derrochados en artificiales urgencias como servicio militar, armamento y burocracia? ¿Cómo es posible reconocer que la nacionalización de industrias puede tener garantía en el Estado? Este conserva mano libre para monopolizar los precios sin concurrencia, ordenar la cuantía de la retribución y del horario, dosificar las exportaciones, dirigir la distribución a base de comercio, no de necesidades y recluir personas. Sobre todo, puede reintegrar a la caja nacionalizada el importe desembolsado en moneda que se destinó a pagar a los accionistas, valiéndose el Estado de un superávit horario impuesto en la jornada o en el destajo cuando no se trabaja a jornal.

Los obreros no tienen otra misión que trabajar más sin seguridad para su vida ni su salud y dejar de tener carbon si éste se oculta o se exporta para intercambio de mercancías suntuarias o para obtener divisas.

(Continuará).



Divulgaciones medicas sanitarias
Por el Dr. Pujol

La enfermedad azul

(Conclusión)

Las principales «mal-formaciones» cardio-vasculares congénitas que, aisladamente o acopladas dos o más de ellas, producen el «Síndrome» conocido por enfermedad azul, son:

- 1.º Persistencia del canal arterial.
2.º Estenosis ístmica de la arteria pulmonar.
3.º Estenosis ístmica de la arteria aorta.

PERSISTENCIA DEL CANAL ARTERIAL.—En el feto, existe un conducto que une la arteria aorta a la arteria pulmonar. Recordaréis que por la aorta circula la sangre oxigenada, depurada, destinada al riego y alimento de los tejidos de todo el organismo y por la pulmonar, la sangre procedente de los mismos, cargada de anhídrido carbónico, en dirección al filtro pulmonar, para ser purificada.

Normalmente, al nacer, se oblitera este conducto, atrofiándose luego, realizándose por tanto, la separación de la sangre venosa y arterial.

En la enfermedad que nos ocupa, esta obliteración y atrofia consiguiente no se produce, el conducto de comunicación persiste y, por tanto, la mezcla de las dos sangres (venosa y arterial), con los consiguientes trastornos, propios de la difusión por todo el organismo, de una sangre cargada de anhídrido carbónico, de una sangre tóxica. La existencia de esa mal-formación, es incompatible con la vida y si no al nacer, mueren los niños afectados de ella, antes de los diez años.

Fué el doctor Gross, de Boston, en 1938, el primer cirujano que intervino quirúrgicamente esta lesión, procediendo a la ligadura del mencionado canal y al restablecimiento de la circulación normal. La técnica empleada, ha mejorado notablemente, aumentando la curación de esta mal-formación, incurable hasta la intervención de Gross.

ESTENOSIS ÍSTMICA DE LA ARTERIA PULMONAR.—Como su mismo nombre lo indica, esta lesión consiste en una estrechez de la arteria pulmonar, que, como recordaréis, es la encargada de recoger en el ventrículo derecho la sangre procedente de los tejidos, cargada de impurezas y conducirla a los pulmones, para su oxigenación o purificación. Toda estrechez del conducto, por pequeña que sea, disminuye el caudal de sangre a purificar produciendo, por consiguiente, una disminución de la misma, imprescindible para la misión vivificadora del organismo. Se caracteriza por una gran fatiga, que aumenta al menor esfuerzo y la «cianosis» (color azulado de la piel y mucosas), tanto más intensa, cuanto más acentuada es la estrechez. Raramente se manifiesta esta enfermedad antes de los tres años. La edad aconsejable para la intervención, es de los cinco a los siete años.

El Dr. Blalok, de Baltimore, tras largas experiencias realizadas en perros, hizo sus primeros ensayos en el hombre, con resultados alentadores, que han ido en aumento al mejorar la técnica. La operación de Blalok no tiene otro objeto que conseguir aumentar el caudal sanguíneo hacia los pulmones, por medio de una derivación de la gran circulación a las arterias pulmonares, o sea, uniendo una arteria colateral de la aorta superior, a una de las arterias pulmonares. Pero con esta intervención no consiguió Blalok hacer desaparecer la estrechez y, en cambio, crea otra anomalía, que es la mezcla de la sangre venosa con la arterial, aunque no es tan acentuada como con la persistencia del canal arterial.

El profesor Brock, de Londres, practica la intervención a través del ventrículo derecho, introduciendo en el mismo un aparato llamado válvulo-tomo, lo remonta a través de la arteria pulmonar hasta encontrar la estrechez y con el mencionado aparato la rescata, aumentando la luz del vaso y corrigiendo definitivamente la anomalía. Las pocas intervenciones realizadas con esta nueva técnica han dado resultados, por el momento, alentadores, pues la mortalidad que anteriormente ascendía del 22 al 30 por 100, descendió al 17 por 100.

ESTENOSIS ÍSTMICA CONGENITA DE LA AORTA.—Consiste en una estrechez más o menos acentuada de la porción inicial de la gran arteria, produciendo, como consecuencia, la disminución del caudal sanguíneo destinado al riego de los diversos tejidos y órganos. Su frecuencia es menos que las otras mal-formaciones ya descritas y su diagnóstico es sumamente difícil. Sobre mil casos de cardio-patías congénitas, sólo se constataron 142 estrecheces congénitas de la aorta.

La operación consiste en extirpar la porción de arteria afectada por la estrechez. Operación difícilísima que debe ser practicada con una técnica impecable y con suma rapidez, por plantearse el problema de no poder mantener por mucho tiempo obstruida completamente la circulación general, pues para realizar la extirpación de la estrechez, hay que suturar una pinza en la arteria, a cada lado de la estrechez, cortar y colocar los extremos. Se ha demostrado que lo máximo que puede mantenerse la supresión total de la circulación, son de 18 a 20 minutos.

Fué Craford, de Estocolmo, en 1944, quien operó por primera vez y con éxito esta anomalía. Entre 20 operados, consiguió 18 curaciones completas.

Preguntas y respuestas

Pregunta.—Hace tiempo fui tratado con suero antirrábico por haber sido mordido por un perro. A consecuencia de este tratamiento se me produjo un choque anafiláctico, que se me reproduce con frecuencia y que no cede a pesar del tratamiento seguido a base de Neo-Trepol.

¿Qué me recomiendan para poder combatir esta enfermedad que desde tanto tiempo vengo padeciendo?

Respuesta.—Habiendo fracasado el Neo-Trepol, te aconsejamos un tratamiento a base de 24 inyecciones intravenosas de Hiposulfen alternas y 24 inyecciones intramusculares de Egmé Lumière también alternas. Puedes combinar un día Hiposulfen y otro Egmé. Cuando hayas terminado este tratamiento te rogamos nos indiques el resultado.

DIRECTEUR-GÉRANT: VICENTE JOSEPH
IMPRIMERIE DU SUD-OUEST
6, RUE ST-EURULE

Divulgaciones

En algunos países, el llamado feminismo de base—sin trampa ni cartón—va tomando cuerpo sin extravagancias ni teorías trasnochadas.

No trata este feminismo de convertir el mundo en una permanente carnalada, ni las reivindicaciones de sexo en un problema de guardarropía.

Se quiere reivindicar—contra lo previsto por legisladores, jueces y sacerdotes—el derecho integro de la madre al producto de sus entrañas.

Jueces y curas son verdaderos feministas de guardarropía; vestidos con faldas todo el año, convierten a éste en un perpetuo carnaval.

El hecho simple de engendrar un hijo es un acto intrascendente desde todos los puntos de vista; una función instintiva y muchas veces ocasional.

Llevar a este hijo en las entrañas; pasar por los trances de la gestación, el parto y los sobresaltos de los primeros cuidados, convierte a la madre en su indiscutible valedora.

Nuestros legistas con faldas inclinan siempre la balanza del lado del varón en los litigios donde se pone en causa la pertenencia del hijo.

El apellido de la madre—verdadera marca de fábrica—figura en los del hijo como secundario, desapareciendo totalmente a la segunda generación.

Por el acto del matrimonio—y en la inmensa mayoría de los países «civilizados»—la mujer misma sacrifica su nombre y apellidos en holocausto del pomposo y «poseído» del marido.

Soltera o casada la mujer conserva en nuestra casa—en la España musulmana y archiebitánica (más musulmana que archiebitánica)—su propio nombre y apellidos durante toda la vida.

En los países anglo-sajones, es costumbre generalizada entre varones y hembras escribir el nombre paterno con una simple inicial: H.G. Wells y Pearl S. Buck son una muestra de adhesión maternal.

En Suramérica—donde se celebra el Día de la Madre—escriben los vástagos el nombre de esta guisa: Diógenes Arosemena T., o Víctor-Hugo González A.

Corresponde sólo a la mujer—no al hombre, a las levas, a la religión ni al malthusianismo—el derecho a tener hijos o dejar de tenerlos.

Corresponde a la madre—vinculada por ley natural e indiscutible al fruto de sus entrañas—la prioridad tutelar y educativa sobre el futuro hombre.

El alegado derecho paternotransgrediendo los límites de una colaboración más o menos fugaz—nos habla con elocuencia del triste destino del niño como súbdito del Estado y como carne de cañón.



Reportaje del Mundo
A la zozobra por una tercera guerra internacional se añaden los augurios de una posible masacre interplanetaria

Una publicación norteamericana empieza su habitual comentario sobre política internacional con el siguiente «a modo de prólogo»: «18 de junio de 1952; 6 horas 22 minutos de la mañana. Una llamada telefónica en un despacho del segundo piso de las antiguas caballerizas del magnífico Castillo de Fontainebleau. Un coronel francés se pone al aparato, escucha un momento, da media vuelta y grita más que habla a sus asistentes. Son éstos un comandante inglés, un capitán belga, otro capitán holandés y un teniente luxemburgués. Al romper el alba, tras un corto e intenso bombardeo, los ejércitos rusos han iniciado su ataque a todo lo largo de la frontera de la zona occidental de Alemania. A través de las altas ventanillas, el sol empieza a inundar el patio donde Napoleón se despidió de sus soldados en 1814. Ahora, por primera vez desde la derrota final de Napoleón, las tropas rusas avanzan hacia la Europa Occidental. Veloces mensajes parten de Fontainebleau al Dover House de Londres. En horas, los destacamentos franceses, belgas, holandeses y luxemburgueses, se movilizan en dirección al Rhin. Desde los aeródromos ingleses, escuadrillas de cazas a propulsión levantan el vuelo hacia el Este. Pero en Fontainebleau, en el Dover House, el Quai d'Orsay y en el Downing Street, gente con y sin uniforme esperan ansiosamente la respuesta de Washington. Las cinco potencias de la Unión Occidental han requerido formalmente a los EE. UU. una acción según los preceptos del Pacto del Atlántico...»

El segundo frente puede ser abierto en nuestra atmósfera

Hace tiempo, el célebre actor de cine, director de películas y relevante periodista Orson Wells, alarmó a la opinión norteamericana con un sensacional reportaje radiado, en el que se hacían funestos vaticinios sobre una supuesta invasión de la tierra por un formidable ejército expedicionario procedente del planeta Marte. Pasada la primera impresión, el sensacional vaticinio, y la misma ofensiva marciana, se dispuso prontamente, mediante una contraofensiva civil de humorismo, salpicada de ingeniosas ocurrencias y chistes más o menos malos.

Hace muy pocos días, un locutor de la estación de radio de Quito (Ecuador) intentó tomar la capbellería al público radioescucha, anunciando que los marcianos invasores habían puesto ya pie a tierra y que se hallaban avanzando sobre la capital del Alto Perú. La broma resultó un poco cara. El público, repuesto de su terror de los primeros momentos, asaltó la emisora y entregó a las llamas el edificio de «El Comercio», primer diario de la república. Se registra-

ron como saldo algunos muertos y heridos.

Tal vez haya que achacar la distinta clase de reacciones a la diferencia de temperamento entre los americanos del Norte y del Sur. Le todas formas, el hecho delata la influencia de diez años durante los cuales se ha elevado el tránsito interplanetario y la utilización de cohetes de largo alcance a la categoría de arte práctico.

La posibilidad de una invasión extraterrestre no puede ser descartada como fantasmagoría.

Prácticamente, los ingenieros se han inspirado en las ilustraciones de las revistas infantiles y en las tiras de los periódicos, muy corrientes en la prensa americana, particularmente las salidas del lápiz de Buck Rogers. Tanto es así que hoy se habla seriamente de lanzar proyectiles más allá del dominio de la gravedad de la tierra, llamados a aterrizar en la luna, y también de la creación artificial de nuevos satélites. Esto último ha sido anunciado inclusive por los órganos oficiales del Gobierno de Washington.

La posibilidad de una invasión

interplanetaria, en una u otra dirección, no puede ser tildada ya de fantástica. Muchos de los planetas conocidos a través del telescopio reúnen condiciones de vida, que nuestra vida u otra clase de vida.

Los libros recién aparecidos, «La atmósfera de la Tierra y los planetas», publicado por Gerard P. Kuiper, y «La superficie de la Luna», de Ralph B. Baldwin, resumen los últimos conocimientos obtenidos mediante el espionaje a través de los más potentes telescopios.

Sobre la superficie de la Luna, nuestros viajeros del espacio se hallan seguros de no haber encontrado población nativa. Visto al detalle, por medio de medianos o potentísimos telescopios, nuestro vecino satélite ha sido trasladado al mapa en sus mínimos detalles. Los picos de sus montañas han sido medidos por las agudas sombras que proyectan durante la puesta o salida del Sol.

La faz de la Luna se halla cubierta de numerosos cráteres y por llanuras circulares de varias dimensiones, rodeadas a todo su perímetro por pronunciados camellones. Baldwin cree que fueron formados—y algunos se forman toda-

via en nuestros días—por el impacto de meteoritos caídos sobre la Luna sin encontrar el obstáculo substancial de la atmósfera. Los futuros viajeros o invasores deberán, pues, proveerse, en este caso, de su propio oxígeno e ir envueltos con su respectiva atmósfera.

Los planetas son mucho más difíciles de explorar con el telescopio. Pero analizando el color de su luz y calculando la gravitación de los gases que los cubren, nuestros astrónomos pueden calcular la composición de sus respectivas atmósferas. Donde la atmósfera se muestra desprovista de vapores—como en el caso de Marte—nuestros científicos pueden incluso estudiar la naturaleza del suelo.

Los científicos no desesperan de tener que enfundar las armas por falta de mundos que invadir.

Sobre este planeta, el Dr. Kuiper, sugiere que las brillantes y desiertas regiones se hallan formadas de rocas ígneas, semejantes a la lava conocida en la tierra con el nombre de basalto. Las últimas observaciones de este científico indican que los cascos polares se hallan, casi ciertamente, formados por capas de hielo de agua ordinaria, a una temperatura de muchos grados bajo cero.

En cuanto a las celebradas áreas verdes de Marte, detenidos análisis espectrográficos muestran que dicho verde no es el mismo que el de nuestra flora terrestre. «Esto echa abajo—dice Kuiper—la teoría de plantas y praderas en la forma en que aparecen en la Tierra». «Esta conclusión—continúa—no es sorprendente si tenemos en cuenta el clima extremo y riguroso de Marte, en particular las frías noches, probablemente con 76 grados Fahrenheit bajo cero.»

Algunos observadores han sugerido recientemente que Marte soporta un régimen de secos musgos y líquenes comparables a cierta clase subsistente en la Tierra. Kuiper no afirma esto en absoluto pero insinúa que diferentes formas de vida vegetal pueden muy bien haberse desarrollado allí.

En Júpiter y Saturno es menos probable que exista huella de vida alguna en el sentido terrestre, debido a que sus respectivas atmósferas son ricas en dos clases de gases nada saludables: el metano y el amoníaco. Explorando más lejos, los enormes Neptuno y Urano se presume se hallen rodeados de atmósferas de hidrógeno, otro inconveniente para la vida que nosotros conocemos.

Incluso si todos los mundos hermanos de la Tierra en el sistema solar fuesen capaces para soportar la vida, la posibilidad de existencia en alguna parte del Universo, no puede ser descartada. Las últimas teorías sobre la formación de las estrellas de hecho nos muestran la posibilidad de que todos los planetas han nacido aproximadamente de idéntico proceso.

Muchas de nuestras distantes estrellas pueden ser centros de sistemas solares con planetas intermitentes, recibiendo gradaciones variables de calor procedente de la estrella central. En algunos de éstos la vida podría desarrollarse plenamente.

Por lo tanto, los escritores devotos de la novela fantástica cuentan con un ancho campo de especulación acerca de la vida de los otros mundos. Y los lectores de boletines de radio, más o menos realistas acerca de una invasión extraterrestre, tienen perfecto derecho a asustarse y hasta a decidir que el asunto no es tan chistoso como parece.

En defensa de la verdad

por Luz Meza Cienfuegos

¿Qué es verdad?

La Verdad es el producto del pensamiento cuando éste capta con exactitud la realidad. La armonía entre el pensamiento y la realidad, esto es la Verdad. Cuando lo que es, se reproduce con exactitud en el fenómeno del pensar, el pensamiento produce la Verdad.

Excusadme por la redundancia en que he incurrido al definir la Verdad. Mi intención es la claridad; a la claridad sacrifico la elegancia.

La verdad y el error son dos valores antagónicos. Su rivalidad ha existido siempre y existirá siempre mientras ambos persistan. El error representa los intereses falsos de la sociedad; y éstos, a su vez, respaldan a aquella como pilastres de mantenimiento.

Lo primero fué el error, y la verdad va ganando terreno. La verdad es el producto aislado de algunos pensamientos excepcionales y raros; de aquí se dispersa y penetra esforzadamente en lo íntimo de la conciencia del resto humano. Tan pensosa y lentamente se opera esta penetración que aún no sabemos si cuando se logre, su efecto será integral.

La verdad va poniendo los cimientos de una nueva estructuración del pensamiento, de la emotividad y de la conducta, así como los cimientos de una nueva estructuración social.

A lo largo de la historia, la lucha entre estas polaridades interpretativas (error y verdad) ha sido enconada, titánica, ardua. Es que el error está respaldado por la sociedad con sus instituciones y engranajes; lo respalda el grueso de la humanidad que vive adaptada y acoplada al medio social, achatadas sus capacidades por la rutina.

La potencialidad de quienes luchan por la verdad escucha en su capacidad demostrativa, en la persistencia y la tenacidad de sus embates, en su valentía y su empuje propagador y defensor de los principios lógicos.

Son incompatibles al luchador de la verdad: la pasividad, la tibieza, la quietud, la indiferencia, la indulgencia, el perdón, así como toda actitud mística que por sí misma antagoniza con la lucha y con la verdad.

Al luchar con fuego, no es en contra de los compañeros ni de su personalidad, sino en contra de la parte de esa personalidad que sea falsa o equivocada. A este respecto todos hemos de estar alertas para rectificar o ratificar nuestros puntos de vista, con el más sano y elevado sentido de superación.

El conceptuarse a sí mismo intocable o tomar a cualquiera de los demás como infalible, es un error nefasto; es el principio de cualquier fracaso hondo. Así se construye el camino de la idolatría; y tal como nos lo dice el informal Práxedes Guerrero: «Haced un ídolo y os pondréis a yug». Urge amputar todo aquello que sea malsano y descompuesto... y en la personalidad no puede haber tumor más adolescente que el constituido por el error, por las falsedades.

Mas, como el error ha hecho una segunda naturaleza en sus poseedores, se le defiende como si fuese la naturaleza verdadera y positiva de cada hombre.

¿Alguna vez se ha de ser piadoso frente a la mentira, o simplemente para encubrir el error? En la actuación de un luchador anarquista, no cabe esta actitud.

Cada error es un yugo, una cadena que amordaza la conciencia. Cada verdad determina eliminación de errores. Por lo tanto, toda verdad es libertadora de la conciencia y gestadora del bien. Con pujanza, con valentía, sembramos la semilla de la Verdad. Esto equivale a decir: combate sin tregua al prejuicio. Tanto más urgente será el combate cuando el error asome sus fauces en nuestro campo. En este último caso la com-

placencia es tanto más perjudicial, ya que sus estragos son de orden humano y no individual.

¿Que los debates exhiben un principio de autoridad? ¿Que ostentan una actitud vanidosa y puera? Esto solamente es en los enemigos de la verdad, que hacen paabrería y demagogia en lugar de razonamientos y demostraciones. ¿Que razona impudemente y ofrece razonaciones objetivas... ese, jamás puede recibir calificaciones de vanidoso ni de autoritario. ¿Que opine de esta manera demuestra a su vez que no sabe lo que dice.

¡Compañeros! El buscador de la verdad es heroico porque sacrifica sus cuestiones personales, por eso, que es de valor humano. Porque se encuentra no solamente con la insolencia y la incompreensión, sino además con la hostilidad del medio ambiente.

Peró el defensor de esa verdad, llega por ese solo hecho al mayor de los sacrificios. Bien, ello no importa; pero si es incompatible la repulsa y el boicot que suman quienes por su filiación ideológica y por las tradiciones de sus embates deberían cooperar ardentemente.

Solamente la verdad ajusta lo que es con lo que debe ser. No obstante, en este sistema de vida hay que pagar por decir la verdad y cobrar por mentir. Por lo tanto, es totalmente absurdo, lanzar calificativos de vanidoso, autoritario, de presuntuoso y de ostentacionista al luchador de la verdad. Si estas voces surgen del campo que se titula de la emancipación humana, resulta incomprensible su existencia.

El camino de la verdad es el camino del sacrificio. ¡Compañeros! Apretemos el paso en la actividad racional, en la racionalización de nuestras vidas si es que verdaderamente queremos ser chispa renovadora y revolucionadora de la humanidad.

Salgamos de este sueño tibio de indolencias y de susceptibilidades. Seamos vigorosos como el roble que está expuesto a los rayos tonificantes del sol... y al embate de (Pasa a la segunda).